



Pedro García

Año

VILLENNA, 15 Agosto 1907

Núm. 16

LA LUZ DEL PORVENIR

PERIÓDICO QUINCENAL ESPIRITISTA
ÓRGANO DEL CENTRO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS
LA CARIDAD

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

Villena, un trimestre 0'30 pesetas
Fuera 0'45 .
Número suelto 0'05 .

PAGO ADELANTADO

ADMINISTRACIÓN

Calle de San Cristóbal número 10

¡¡LAS FLORES!!

Las flores han sido el encanto de toda mi vida; lo primero que yo quise en este mundo, fué á una planta de florecillas azules; sus raras altas y delgadas, sumamente flexibles, se inclinaban al impulso del viento, y allí eran mis apuros y mis congojas siempre con la maceta á cuestas, para resguardarla del aire, hasta que una mañana, algún gato juguetón ó alguna ráfaga de viento huracanado, hizo caer mi tesoro desde el pretil al suelo y al ver mis flores queridas mustias y marchitas, con sus raíces al descubierto, porque la maceta estaba rota en varios pedazos y la tierra esparcida por el suelo, lloré amargamente; entonces tendría yo nueve años y fué la primera pena que torturó mi corazón.

Como si yo entonces adivinara que muchas penalidades habrían de envenenar mi existencia, no quise voluntariamente proporcionarme más disgustos, y no tuve ninguna flor predilecta hasta después de haber cumplido veinte años; entonces, me enamoré, puede decirse así, de unas «Cañas de Indias», planta lozana de grandes hojas que nunca echaban flor, pero que me habían asegurado las producea muy parecidas á la madreselva.

Efectivamente, después de esperar tres años, las cañas echaron flor de un blanco amarillento, exhalando el más delicado perfume. Al segundo año de florecer las cañas, murió mi madre y entonces, con harto sentimiento mío, tuve que desprenderme de mis plantas favoritas. Tres grandes macetones donde crecían nueve cañas que formaban un pequeño bosque y que embellecían el patio de mi casa, las vi desaparecer con tan profunda pena, que

yo misma me asombraba de sentir tanto la desaparición de aquellas plantas.

Vi transcurrir más de cuarenta años, y cuarenta mil vicisitudes han torturado mi corazón, pero en medio de tantos azares, no he perdido mi afición á las flores, y tan importante papel han desempeñado éstas en mi vida, que por una coincidencia extraña, cuando he sufrido los horrores de la miseria, ni una flor ha exhalado su aroma en mi gabinete de trabajo, y, cuando me han regalado algún ramo de flores, en el mismo día ó al siguiente, he recibido algún dinero ó carta anunciadora de buenas nuevas.

Cuando conocí el Espiritismo, á pesar de mi carácter impaciente, no tuve la menor impaciencia para obtener manifestaciones de los espíritus. He sabido esperar.

Hace algunos años que, habiendo concluido una poesía dedicada á las flores, que terminaba diciendo: «Si existen flores, hay Dios» y en ocasión de hallarme completamente sola en mi casa, sentí claramente la voz de mi madre, que me decía: «Amalia, Amalia»; me levanté apresuradamente, abrí la puerta de mi gabinete y no vi á nadie, pero comprendí perfectamente que mi madre estaba allí, sentía que su aliento acariciaba mi frente, y en aquel momento, llamaron á la puerta, abrí y me encontré al cartero que me entregó varias cartas, y me dijo: «Como he oído decir que le gustan mucho las flores, he cogido del jardín de la Administración de correos esta flor para usted», y me presentó una rosa de las llamadas de «cien hojas», hermosísima; no he visto ninguna tan grande ni de color tan encendido. Tan sorprendida me quedé, que ni las gracias le di al cartero; cogí la rosa con avidez y dije entre mí: «¡Gracias, madre mía! Esta flor me la envías tú; el cartero no me trata; jamás ha pasado el dintel de la puerta; no puede ser él por sí solo el que haya pensado en ofrecermé una flor»; y días despues, supe por el espíritu del Padre German, que efectivamente, había sido mi madre la que me había dado tan agradable sorpresa.

Pasaron muchos años, quizás veinte, cuando un día sentí vivísimos deseos de visitar á una familia amiga, á la cual no visitaba sino muy de tarde en tarde, pues se me pasaban años enteros sin verla, á pesar de que nos unía un cariño verdadero, y de pronto, sin poderme explicar la causa, me sentí impulsada y dije, muy decidida: «De hoy no pasa», y á pesar de estar en la convalecencia de una grave enfermedad, salté y me presenté en casa de mis antiguos amigos. Estos, al verme, lanzaron una exclamación de agradable sorpresa y me recibieron con *palmas y olivos*, y como sabían lo que me gustaban las flores, enseguida me llevaron al jardín que lo tenían muy florido y muy bien cuidado. De pronto, lancé un grito de inmensa alegría, porque vi ante mí una *casta de Indias* con un gran penacho de perfumadas flores. Hacía más

de cuarenta años que no había visto mi planta favorita. Aquellas hojas anchas y lozanas me parecían las hojas del libro de mi vida, porque vi mi casita de Sevilla con su patio lleno de flores y mi madre entre ellas. ¡Toda mi juventud! ¡Toda la primera parte de mi historia! No sabía separarme de aquella planta para mí tan simbólica, y mis amigos fueron tan buenos, que cortaron parte de la *caña* para que sus flores embalsamaran mi estancia y me dijeran con su perfume: «Tu madre te llevó al lugar donde nos has encontrado; por segunda vez se encuentra contigo, las flores con sus palabras: ama su recuerdo, que ella nunca te olvidas».

¡Madre mía! Tengo la completa certidumbre de que te has comunicado conmigo: miraba las hojas de la *caña*, verdes y lustrosas, sintiendo un placer inexplicable porque ellas me dicen que tú no me olvidas, que me seguís en mi larga y penosa peregrinación.

Cuando mucho se siente, es cuando peor se habla ó se escribe, porque el sentimiento del alma no tiene lenguaje apropiado. Siempre he amado las flores, siempre he creído que con ellas escribía Dios sus *Memorias* en la superficie de los mundos, pero al convencirme de que ellas han sido las *mensajeras* de mi madre, las quiero más, mucho más que antes. Yo creo, que si fuera posible que en todos los parajes de la tierra brotaran flores, los presidios estarían vacíos, no habría criminales, porque las flores hablarían á todas las inteligencias y los odios se extinguirían y se amarían los unos á los otros por necesidad de amarse.

¡Flores, encanto de mi vida, menzajeras de mi madre, benditas seáis!

Amalia Domingo Soler

LA REENCARNACIÓN ES UNA LEY NATURAL

Nacer, morir, volver á nacer y á morir y progresar siempre. Tal es la Ley.

En estas palabras de Kardec, del ilustre apóstol y maestro del Espiritismo moderno, está encerrada toda una Ley grandiosa de la Naturaleza, la Reencarnación.

Sin ella, nada se explica en la tierra. Las anomalías que á cada paso vemos, los desórdenes aparentes que continuamente nos sorprenden, las tremendas injusticias que parecen formar la trama de la existencia de muchos seres. Nada tiene racional ni justa

explicación, si no se admite la Ley de la Reencarnación, si no procediendo de la pluralidad de las existencias del alma.

No admitiendo esa Ley sublime, demostración patente de la Grandeza, de la Justicia y de la Providencia Paternal de Dios, ¿cuán pequeño aparece el Creador á la razón, en el concepto católico, que lo presenta como concediendo al alma humana una sola existencia terrenal, para alcanzar un fin definitivo y eterno, que puede ser el Cielo, sí; pero que también puede ser el Infierno! ¿Cuánto limita á Dios la doctrina católica!

La primera limitación es de Omnipotencia, porque supone poco poder en el Hacedor el no haber creado más que la tierra habitable, el haber reservado para ella sola las manifestaciones de la vida.

Supone también poco poder en Él, el no haber sabido crear mundos más perfectos que este calabozo del espacio, que es nuestra morada. Limitación de Grandeza y de Sabiduría supone esta afirmación, porque además, el espíritu investigador se pregunta, ¿por qué existen esos millones de planetas y de soles que cruzan el espacio por encima de nuestras cabezas, si no es para recibir la vida manifestativa de los seres, como nuestra Tierra?

Siempre pone limitaciones al Poder Eterno y á su Bondad el catolicismo. Por eso hay tantos escépticos y descreídos.

También es limitación de su Justicia y de su Bondad el afirmar que sólo concede una existencia al alma que á la tierra descendiendo en busca de su ulterior y definitivo destino.

Electivamente. Debe haberse propuesto un fin el Sumo Hacedor al crear las almas. Si ese fin no es la felicidad suprema para todas las criaturas, hay que confesar que la Bondad de Dios no es ni infinita ni absoluta; y, si en efecto, ese fin es la felicidad, y esa felicidad se ha de conquistar á fuerza de trabajo y de luchas, no puede Dios negar á la criatura los medios de poder alcanzar el fin para el que ha sido creada.

Y si esa criatura, al llegar á nuestro minúsculo mundo, es generalmente atrasada, dura de corazón, poco apta para el bien, y el medio ambiente en el que ha de vivir durante su estancia en la tierra, ó sea la sociedad humana que la habita, es en su mayoría, orgullosa, vanidosa, egoísta, hipócrita é imperfecta en alto grado, ¿cómo ha de poder, en tan breve espacio de tiempo, ó sea, en unos cuarenta años, á lo sumo, que vive el hombre la vida consciente del adulto, adquirir todos los conocimientos que su inteligencia necesita para apreciar los gozos que se le ofrecen en la vida espiritual y toda la ternura de corazón que necesitará para sentirla? Imposible.

Rechazando la pluralidad de existencias, que es la reencarnación, hay que reconocer, que el noventa por ciento de las almas que llegarían al cielo católico, serían seres atrasadísimos intelectual y

moralmente, porque es imposible alcanzar en cuarenta años, ni en muchos más, el total de los conocimientos humanos, así como las virtudes necesarias para la dignificación completa del espíritu, y no negará nadie que vemos llegar á la tumba, por lo menos á un noventa por ciento de nuestros contemporáneos, sin haber abierto un libro, sin haberse reconocido á sí mismos, sin haber hecho un esfuerzo siquiera para transformarse y para arrancarse sus defectos.

Otra injusticia hallamos al no conceder Dios más que una existencia de pruebas á las almas, y es la siguiente: Puesto que el destino que han de conquistar es el mismo para todas, puesto que á todas se les concede como nadie una existencia terrestre, ¿por qué no es igual el punto de partida ni el ambiente en que nacen y en el que han de luchar? ¿Por qué dá Dios, á unos la riqueza, la fuerza, el vigor, una cuna rodeada de amoroso calor, y á otros les obliga á nacer en la mayor pobreza: los unos ciegos, los otros privados de sus remos, y sin el calor maternal? ¿Por qué, temiendo que llenar las almas un mismo fin y en una sola existencia, hay vidas terrestres que duran hasta la decrepitud y otras que son cortadas en la más tierna juventud? ¿No es verdad que todos esos «Por qué» no encuentran contestación lógica y racional en el catolicismo?

Con sus dogmas cerrados y misteriosos, deja sin explicación todas esas preguntas del espíritu humano. Las desdeña, sin fijarse en que, con su conducta, alimenta las filas del ateísmo, porque hay muchísimos seres que buscan á Dios en la verdad, pero cuya razón despierta y despejada, no puede admitir como creador del Grandioso Universo, al pequeño Dios católico, rodeado por el dogma, de errores, de pequenezes y de imperfecciones.

Queda, pues, demostrado, con nuestras preguntas, que la afirmación católica, al limitar á nuestra Tierra las manifestaciones de la vida, al limitar también á una sola la encarnación del alma en la misma, destruye en el corazón la sana concepción de Dios que no puede permitir que se relajen los atributos de la Divinidad.

El Espiritismo, en presencia de todas las anomalías y aparentes injusticias de la vida, contesta al pensador que le interroga:

¡Injusticia, no. Justicia Infinita, sí!

No puede ser injusto el destino humano. En el pasado, en las existencias anteriores de ese ser que tú ves sufrir, es decir, de su espíritu, está la causa del efecto que tú lamentas como una injusticia. En su inagotable previsión, en su justicia y bondad absolutas, Dios ha creado á todas las almas para un mismo fin, la Felicidad; felicidad que ha de sentar sus bases sobre la elevación intelectual y moral de cada ser. Como le es completamente imposible al espíritu conseguir ese estado superior en una, ni en muchas existencias, le ha concedido Dios el mejor de sus bienes,

es decir, el tiempo, la eternidad, para que en ella alcance su fin.

La Ley de la Reencarnación, ó sea de la pluralidad de las existencias, le permite volver á encarnar cuantas veces lo juzga necesario para su progreso, puesto que en cada uno de esos planes de vida, expia su pasado, paga sus faltas atrasadas y en medio de las luchas y de los dolores de la vida, adquiere fortaleza para el bien, para su porvenir. La pluralidad de los mundos habitados ofrece al espíritu un sinnúmero de moradas en las que ha de habitar en su ascensión progresiva, paulatina y constante.

En resumen: En todo el Universo existe la vida con una manifestación potente y grandiosa del poder y de la sabiduría del Creador. Los millos ó de millones de planetas que cruzan el espacio sin límites, han sido creados para el mismo fin que el nuestro, y ó han sido ya habitados ó lo están ó lo estarán, porque ése es su destino, servir de morada á seres inteligentes que han de buscar en ellos un grado más de progreso.

Y, todo este raudal de vida, ha sido puesto provisamente por el amor de Dios, á disposición del espíritu, para que le sirva de medio de realización progresiva, dándole como ya lo he escrito dicho, la eternidad del tiempo para alcanzar el objeto de su creación ó sea la Felicidad Universal.

¡TOQUES DE ATENCIÓN!

EL ESPIRITISMO NO ES EL FENÓMENO

II

No faltan reuniones familiares y también centros, que, aprovechándose de las personas en las que han encontrado condiciones medianínicas, con esos instrumentos sin desbastar, sin desarrollar su preciosa facultad, han abordado el fenómeno espírita. Las declaraciones de personas que han asistido á esas reuniones, destrozan el corazón del hombre, amante del ideal sublime, que no ha bajado de lo alto para servir de pasatiempo á esta mísera humanidad, sino para redimirla.

Allí se reciben comunicaciones de seres que, lo mismo toman el nombre de un sábio para expresar las mayores sandeces, que los más venerados por su amor, al tratar de desarrollar en sus oyentes los más orgullosos, egófstas y brutales sentimientos. En algu-

nas de esas reuniones, se hacen preguntas tales á los espíritus respecto al porvenir, que sonrojarián al ser oídas, pues, con este modo de proceder de algunos de nuestros hermanos, destruirían el ideal, si este no fuera indestructible.

Abrir, con una evocación, las puertas de lo invisible, y evocar á las almas desencarnadas para preguntarles si uno llegará á ser rico ó con quién habrá de casarse, es hacer sangrienta burla de la muerte ó sea, de lo que debo respetarse.

Fíjense bien todos en esta afirmación, que no es nuestra: Jamás desconderá el Espiritismo á tan bajo nivel; jamás responderán los espíritus de verdad á esas preguntas necias ó interesadas; siempre que los hombres procedan así, obtendrán contestación, sí; pero será de los pobres espíritus ligeros, atrasados y malos que rodean nuestro globo, y que no pierden una ocasión de divertirse á costa de los fanáticos y de los ignorantes, ni de sembrar en donde pueden la división, las disensiones, los odios, y en fin, todo germen de maldad y de destrucción.

Esos son los únicos seres espirituales que responden siempre á las evocaciones hechas sin preparación y sin un fin elevado.

Estón muy ciertos de ello, los que así proceden, que aunque toman para contestarles cualquier nombre respetado, ese nombre es falso, como hipócrita la personalidad oculta que lo toma para engañar miserablemente á los pobres humanos.

La mediumnidad, ha dicho nuestra querida Amalia Domingo Soler, es un arma de dos filos. Por un lado, es decir, bien preparada, bien desarrollada y bien empleada, sirve para sembrar sobre las flaquezas humanas la luz, el calor y el amor de Dios; pero, mal preparada, sin desarrollar, empleada para fines bastardos y vanos, se vuelve, la mayor parte de las veces, contra los que sí la emplean, dejándoles tristes recuentos, como crueles sugestiones y obsesiones pertinaces y terribles.

Conve...cidísimos de cuanto exponemos aquí, ansiosos del más puro desenvolvimiento de nuestro ideal á la par que de la paz y de la tranquilidad de nuestros hermanos de destierro; por eso llamamos la atención sobre este problema, sobre esta falsa práctica del Espiritismo, á los que á ella se entregan, recordándoles la tremenda responsabilidad que con esto adquieren á los ojos de Dios, á los ojos del Padre Amorosísimo, que no nos ha abierto las puertas de ultratumba para que hagamos de ello un uso sacrílego.

Un solo objeto se ha propuesto con esto el Sumo Hacedor: Hacer reconocer á la humanidad con hechos patentes y materiales, la existencia del más allá y permitir al propio tiempo, á los espíritus de luz y de verdad, el descenso á nuestra triste morada para consolarnos y fortalecernos con sus amorosas palabras, con sus sábias enseñanzas, con sus prudentes consejos.

¿Llenan esos fines las reuniones á las que nos referimos?

No, mil veces no, hemos de contestar nosotros y dirán ellos mismos, si interrogan á su conciencia, al leer estas líneas.

La comunicación espírita, como todo hecho dentro de la vida universal, descansa sobre bases exactísimas, sobre leyes admirables por su justicia y su preciso cumplimiento. No es un hecho aislado, no. Es la manifestación de una Ley de la naturaleza, y nadie juega impunemente con esas leyes. Esto hemos de hacer observar á nuestros hermanos, recomendando á todos la mayor prudencia al practicar el fenómeno espírita, pues es un terreno resbaladizo en el que es muy fácil caer.

El remedio para evitar esos males existe. Lo hemos citado ya en otra ocasión.

El estudio de la ciencia y de las leyes que rigen el fenómeno; esto en cuanto á la parte experimental.

El estudio de la doctrina en su admirable parte moral para aplicarla á nuestro propio ser, tan deficiente, tan lleno de miserias y de imperfecciones.

Eso es el único camino para prepararse dignamente para el fenómeno, la única senda segura por la que hemos de caminar todos antes de buscar las manifestaciones del espacio, ó sea: El estudio, la meditación y nuestra regeneración moral.

DIOS

P.—¿Quién es Dios?

R.—Dios es la inteligencia suprema del Universo y la causa primera de todas las cosas.

P.—¿Qué es el Universo?

R.—El Universo es el espacio infinito poblado de soles como los que vemos brillar de noche, sobre nuestras cabezas, soles á cuyo alrededor circulan mundos habitados como nuestra tierra.

P.—¿Cuál es la prueba de la existencia de Dios?

R.—Todo prueba la existencia de Dios: las maravillas de la Creación, nosotros mismos, nuestros ojos, nuestros oídos y el conjunto de nuestros órganos. Todo lo que el hombre no ha hecho es obra de Dios. Mi corazón siente á Dios en sus perfecciones infinitas y mi vista admira su poder.

P.—¿Tiene Dios la forma humana?

R.—No, porque entonces no estaría en todas partes.

P.—¿Dios está en todas partes?

R.—Sí, su Inteligencia irradia á todos los puntos del Universo.

(De el libro «Lecciones de Espiritismo para los niños», por A. Bonfont).